

¿A PESAR DE TODO. . . EL SOCIALISMO COMO OBJETIVO FINAL?*

Agnes Heller

En los 150 años de la historia del movimiento obrero ha sido una cuestión muy discutida si un partido representante de los intereses de los trabajadores debe mantener o no la idea del socialismo como meta final. El conocido apotegma de Bernstein, el movimiento es todo. . . el objetivo final nada, fue hecho suyo no sólo por los socialdemócratas, sino también por los sindicalistas radicales de su tiempo. Ambos grupos consideraron peligroso el socialismo como meta final y, en el mejor de los casos como una idea impotente. Peligroso, porque obstaculiza una política reformista parlamentaria. Impotente, porque es un estorbo para la identificación total con las luchas de clases cotidianas de los sindicatos. En los últimos tiempos, Mario Tronti, uno de los ideólogos del Partido Comunista Italiano, ha expresado la misma concepción, proponiendo que el partido dejara de lado el socialismo como objetivo final, porque éste no tiene significación alguna para el vínculo del partido con las tradiciones sindicalistas.

Tales reflexiones en la dirección de una negación del socialismo como objetivo final no son del todo carentes de fundamento, si se toma en cuenta la historia del movimiento obrero. Es ampliamente conocido que, para la mayoría de los partidos que representan esta historia, el socialismo como meta final era un lema vacío, sin influencia en su estrategia y táctica. Fue conservado más bien como reliquia, se le guardó tan cuidadosamente que pudo caer en el olvido. Por otro lado, este lema sirvió a los partidos comunistas (durante un tiempo bastante largo a todos y en la actualidad a muchos) como un arma contra la democracia y también contra una parte significativa de la clase obrera. La cuestión acerca del significado verdadero

* Publicado en *Winertagebuch*, No. 2 y 3. Viena, 1982.

Traducción: Francisco Galván Díaz y Dagmar Ch. Freisinger

del lema, "socialismo como objetivo final", no pudo ni siquiera plantearse, porque fue establecida dogmáticamente, de una vez para siempre.

Incluso, aún cuando el cuestionamiento de esta meta final no está totalmente infundado, es más bien expresión del pragmatismo autosatisfactorio o de la desesperación como un acto de reflexión profunda. Si se toman en cuenta las posibles zonas de conflicto en los próximos decenios, inmediatamente se torna claro que amenazan a una ciudadanía sin fantasía. Visto de una manera superficial, parece que no hubiera ninguna alternativa social y económica a las relaciones sociales existentes; pareciera también que el futuro de las sociedades occidentales sólo se puede expresar en términos de gravámenes fiscales más o menos progresivos. Sin inspirar las fantasías colectivas en relación a las alternativas posibles, los partidos obreros pueden quedar fácilmente en una vía muerta, rodeados por un electorado pasivo, totalmente despolitizado, expuesto a la influencia de los medios de comunicación monopolizador e incapaz de superar la situaciones de crisis.

En la medida que la actualidad de una reanimación del "socialismo como objetivo final" y las "zonas de conflicto" previsibles en el futuro cercano están estrechamente vinculados, un vistazo a las últimas ayudará a la clarificación del primero.

En el siglo XX entran en escena dos acciones sociales que a sí mismas se consideran como socialistas o aspirantes al socialismo: por un lado, la empresa bolchevique en la Unión Soviética y su esfera de influencia al este de Europa; y por el otro, el intento de edificar un estado de bienestar radical en Suecia.

Ni socialismo ni capitalismo

Es conocido que el experimento soviético creó una estructura política totalitaria y un sistema socioeconómico de la dominación que no puede entenderse si nos apegamos a los conceptos correspondientes a un modelo dualista del tipo socialismo-capitalismo. El sistema soviético ni es socialista ni capitalista. El espacio que tengo a mi disposición no me permite aclarar más detalladamente cómo funciona este sistema. De mucha más importancia es conocer las zonas del conflicto que existen en esa parte del mundo. Los movimientos de liberación que se dan en esa región se iniciaron hace un cuarto de siglo y pudieron lograr una victoria en el último tiempo, por lo menos pasajera, en Polonia. Tales movimientos serán profundizados en los próximos decenios, a pesar de probables retrocesos y hasta posibles derrotas. En caso de que los partidos obreros no estén en posibilidad de concebir una política de largo plazo, adecuada a estas zonas de conflicto, perderán fácilmente su autenticidad. Se puede objetar que las zonas de conflicto están muy alejadas de las políticamente activas democracias del Occidente, por lo cual se afirmaría, también, que no tiene una relevancia directa para el Este. El anterior es un punto de vista estrecho, si se parte de que los países y naciones, desde hace mucho tiempo no constituyen unidades aisladas, sino que han sido incluidas en una red de conflictos que se influyen mutuamente. La elaboración de una política a largo plazo que

ponga a discusión de una manera adecuada las zonas de conflicto antes esbozadas, incluye la tematización del “socialismo como objetivo final”. Esto da lugar a una serie de fundamentos correlacionados.

Posiciones de principio

El primer fundamento es el más obvio. El “déficit de fantasía”, que he señalado, es el responsable para la identificación de las alternativas existentes con las posibles. Cuando alguien menciona tan sólo al “socialismo como objetivo final”, surge en la imaginación de la gente, casi espontáneamente, la imagen de la sociedad soviética. No es suficiente definir al “socialismo como objetivo final”, con el adjetivo de “democrático”, si se parte de que tal calificación a nadie le transmite una imaginación alternativa; imaginación que no solamente debería ser diferente del sistema de dominación soviético, sino opuesta al mismo. Se debe constatar, sin duda, que los partidos obreros apoyen la oposición en la Europa oriental, que apoyen a aquellos que están bajo el dominio (y no a aquellos que están ejerciendo el dominio). Y esto no a pesar, sino debido justamente al “socialismo como objetivo final”.

En este punto viene a colación *el segundo fundamento*: en la confrontación de las zonas de conflicto, si se presentara una imagen clara del “socialismo como objetivo final”, entonces se podrían cambiar los puntos de vista abiertamente pragmáticos de determinados partidos y movimientos obreros, en posiciones de principio e independientes. Quiero poner en claro qué es lo que entiendo por “de principio” e “independientes”. Algunos partidos obreros comparten la debilidad que caracteriza generalmente a la izquierda: el hacer totalmente dependientes a sus posiciones vitales de las respectivas decisiones de partidos conservadores o de las posiciones de los Estados Unidos. Si éstas apoyan una determinada acción, tales partidos obreros la rechazan automáticamente; pero si los primeros se opusieran a la misma, entonces los últimos la apoyarían de manera automática.

Considero que esta dependencia es de corte pragmático, puesto que no se determina por principios, sino por un automatismo casi instintivo. La decisión verdaderamente vergonzosa de apoyar la participación en los juegos olímpicos celebrados en la URSS, en un país cuyas prisiones y campos están llenos de prisioneros políticos, cuyo único crimen es el de tener posiciones independientes, es un ejemplo, entre muchos, de la perfidia. Otro ejemplo lo constituye la reserva abierta de la Unión de Sindicatos Británicos (Gewerkschaftsbundes-TUC), al no ponerse al lado de “Solidarosc”, hasta que los obreros polacos solucionaran su problema mediante la liquidación de los sindicatos estatales, con quien la TUC negociaba anteriormente. A los ojos de los disidentes de Europa del Este, estas y otras decisiones similares proyectan a los partidos obreros como todo, menos como inocentes. Si se confirmasen tales sospechas, podrían contribuir a que estos movimientos se inclinasen hacia el conservadurismo y el fundamentalismo.

El tercer fundamento para dejar ver la importancia de una nueva formulación del “socialismo como meta final” es la reflexión en el sentido

gresivos para invertir en Estados despóticos, en donde están prohibidos los sindicatos y los impuestos se sustituyen mediante el soborno a los funcionarios del Estado. En todo caso, también se sabe, aunque no se puede enfatizar frecuente y suficientemente, que el resurgimiento del desempleo, que ha conmovido el credo fundamental del Estado de bienestar, es decir, “el derecho al trabajo”, no fue originado por éste, pero sí tolerado. Aquello que denomino crisis específica es la dimensión extraordinariamente baja de apoyo que le otorgan al Estado de bienestar aquellos que son sus beneficiarios. En lugar de defender sus conquistas sociales frente a los enemigos, estos beneficiarios estuvieron dispuestos, en su momento, a votar contra el Estado de bienestar cuando se experimentaron ciertas fallas de funcionamiento, no originadas por el propio Estado de bienestar —como la inflación mundial.

El primer síntoma de la crisis

El primer síntoma de la crisis del Estado de bienestar fue la derrota del Partido Socialdemócrata en Suecia en las elecciones de 1976. Desde ese tiempo, las tendencias conservadoras del monetarismo han obtenido victorias notables. Sin embargo, no es necesario ser profeta para vislumbrar que este giro hacia el monetarismo solamente será un episodio de corto alcance en la sociedad Occidental. La política monetaria no puede acabar con mayor eficacia los males económicos del Estado de bienestar, aunque suprima las más importantes instituciones garantes de un mínimo de seguridad de la vida y movilidad para la clase obrera y las capas medias bajas.

Un mes después del nuevo avance del gobierno australiano hacia una política monetarista, en Europa se dio una vuelta que indica un regreso en la dirección del Estado de bienestar. La crisis del gobierno de coalición en Suecia, debida a una diferencia de opiniones sobre los impuestos progresivos; el regreso hacia el Partido Laborista (Labour Party) en las elecciones complementarias (Nachwahl) de Inglaterra, y lo que es más relevante, la victoria socialista de Mitterrand en las elecciones presidenciales de Francia, son todos síntomas de que los vientos han cambiado de rumbo. Justamente por esto, y porque es probable que los vientos también cambien en otros lugares, se torna todavía más importante para los partidos obreros aceptar las realidades y encontrar los orígenes de la crisis del Estado de bienestar. La introducción simple de las instituciones tradicionales del bienestar no es suficiente como programa. Se debe preguntar si el Estado de bienestar es suficientemente democrático y socialista. Esto pone nuevamente a discusión el “socialismo como objetivo final”.

Aquí se encuentra también la respuesta del porqué los beneficiarios del Estado de bienestar han votado prácticamente contra el mismo, en el momento en que volvieron visibles sus primeras debilidades de funcionamiento económico. Ya he mencionado que el Estado de bienestar es burocrático, centralista y paternalista. Estas son tres propiedades que tienen en común el modelo europeo oriental y el del Estado de bienestar, a pesar de las diferencias esenciales que existen entre ellos. En lo que sigue me limitaré al caso del paternalismo partiendo de que el burocratismo y el

centralismo no son rasgos que caractericen solamente al Estado de bienestar bajo las condiciones occidentales. El paternalismo es una postura institucionalizada del Estado frente a sus ciudadanos. El Estado cuida de ellos y les proporciona un sentimiento de seguridad. La vida puede llegar a ser soportable en el Estado de bienestar, pero no deviene una buena vida. (Para evitar una exégesis aristotélica superflua aclaro la diferencia: una vida soportable es impuesta o es un “regalo” de las autoridades mayores; una buena vida es un logro que se consigue por uno mismo. Esta no puede ser una buena vida, por la sencilla razón de que en las democracias capitalistas la pasividad política de la población tiende a ser cada vez mayor).

Como niños de la Navidad

Sobre todo en países con sindicatos fuertes, la población está casi despolitizada, hoy como antes, aún cuando tengan lugar conflictos económicos que después de un periodo liberal y conservador pueden encenderse de modo exagerado. Los ciudadanos expresan sus deseos, como los niños antes de la navidad, y es cosa de los buenos padres, del Estado, satisfacer tales deseos conforme a sus propias reflexiones, en la medida que distribuye las limosnas (Gaben) en el marco de sus propias posibilidades financieras. El ciudadano no articula problemas políticos y sociales. Se depende de la formulación de demandas específicas (en su mayoría materiales). Así enfila el Estado de bienestar en su afán por atomizar a la población y en aras del fortalecimiento de una posición carente de responsabilidad.

Una población que no participa en la toma de decisiones y en el establecimiento del desarrollo futuro, no sentirá ninguna responsabilidad para las respectivas decisiones y para las consecuencias de la orientación tomada, motivos por los cuales no se le pueden hacer reproches. Este sistema solamente puede funcionar en la medida que se cumplan todas las demandas, en diferente dimensión, pero a velocidad creciente. Si llegara a ser de otra manera, una población despolitizada y pasiva daría la espalda al Estado de bienestar y nada más comprensible que esto. De esta manera, no es ningún milagro que los únicos y mayores movimientos sociales en los Estados de bienestar se hayan enfocado, justamente, contra el mismo, orientados por la falsa ideología de las necesidades supuestamente “saturadas” y la sociedad de la superabundancia (Überflussesgesellschaft). Pero esta falsa ideología ocasionó una necesidad vital por formas pluralistas de vida y por la autodeterminación, cosas ambas que fueron limitadas por las manifestaciones paternalistas del Estado de bienestar.

Se puede objetar contra esta crítica que la falla del Estado de bienestar también puede explicarse de otra manera. Puede afirmarse que él ha reducido la desigualdad en los ingresos, pero no disminuyó la desigualdad en la propiedad (Besitz). Todos los Estados de bienestar hasta hoy existentes han sido sociedades de clases. Aún cuando cambiaron en mayor o menor medida la estructura del capitalismo, ni siquiera una vez intentaron cambiar esencialmente al capitalismo (en sus relaciones sociales).

Estas consideraciones son correctas en lo sustancial, más aún cuando se acepta que la saña de las clases superiores y de la alta banca está en

contra del Estado de bienestar, y que en esta dirección también ha sucedido algo. Sin embargo, aquellos que analizan las debilidades del Estado de bienestar, bajo esta óptica, proponen por lo común a las nacionalizaciones de la industria como el remedio universal. Sin negar que a partir de fundamentos determinados, la nacionalización de ciertas grandes fábricas y ramas industriales podría ser incluso inevitable; pero yo no creo que la radicalización del Estado de bienestar a través de las nacionalizaciones nos pueda acercar en lo esencial al socialismo democrático. Esta es la razón por la cual me preocupo por las fallas fundamentales del Estado de bienestar en sus tendencias a la centralización exagerada y al paternalismo, una circunstancia que sería más obvia si se realizara un programa de nacionalizaciones completas.

A merced del Estado

La propiedad estatal no elimina el trabajo asalariado, sino que hace a los trabajadores asalariados totalmente dependientes de una estructura de poder homogénea y universal. Este tipo de propiedad conserva en lugar de disminuir o transformar la jerarquía en el lugar de trabajo, la estructura monolítica de la tecnología y la separación en aspectos manuales e intelectuales del mismo proceso de producción. La dominación por medio de una burocracia estatal, cuyos miembros no son propietarios directos de lo que manejan, no es una forma menos deseable que la dominación capitalista, cuya característica es la posesión de lo que manejan. Tal burocracia deja aún menos espacio para el pluralismo y para la movilidad en el interior de su sistema, que los capitalistas en el suyo.

La sustitución, mediante una graduación jerárquica de las clases sociales, lleva a un único cambio, que puede devenir más en desventaja que en ventaja, si se parte de que las clases son normalmente portadores de conflictos. Sin su existencia —en otras palabras: en una situación social corporativa en la cúspide y atomizada en la base— el individuo aislado, singular, estaría totalmente expuesto a la gracia del Estado todopoderoso, aún cuando quedasen intactos todos los derechos civiles. En una situación tal puede asegurarse el derecho a la coalición al igual que la libertad de opinión. Pero esto depende del hecho de que en un sistema de graduación jerárquica no puede originarse ninguna organización poderosa, y también del hecho de que una población atomizada en la lucha por mayores posiciones, apenas tendrá una opinión propia y aún menos un derecho a la cogestión de sus propios asuntos. Si se parte de que la actual crisis económica y social probablemente durará un largo tiempo y de que no será superada por medio de una política monetarista y ni siquiera mediante un regreso a las estructuras del Estado de bienestar, hasta hoy conocido, entonces no se pueden excluir reflexiones en el sentido de eso que he llamado “radicalización del Estado de bienestar” (Istvan Szeleny llamó a esto “forma estatal de la producción”). Pero tanto desde el punto de vista de la democracia como también desde la óptica del socialismo, tal perspectiva parece bastante obscura.

Un programa de nacionalización universal no inspira la fantasía social.

Este programa no necesita de una aspiración así cuando se ha concebido en el espíritu de una nacionalización, incrustado en el modelo de una racionalidad institucionalizada, que según teorías sociales desde Weber hasta Castoriadis, ha determinado ya el escenario capitalista a través de un largo periodo de la historia moderna. Si el “socialismo como objetivo final” de los partidos obreros se concibe en el mismo espíritu y no inspira y guía la fantasía social hacia soluciones alternativas, entonces estas instituciones no pasan la prueba de la democracia y del socialismo, aún cuando estos partidos puedan estar posibilitados para generar nuevas y determinadas instituciones.

Después de la crítica a estos dos modelos del socialismo, es natural que se espera una definición del “verdadero socialismo”. Sin embargo, no hay un catálogo exacto de los elementos de un “socialismo verdadero”, ya que se trata de un movimiento que se forma y se soporta en los intentos y errores de la población de las diferentes comunidades en un Estado democrático. En lugar de identificar el socialismo con la radicalización del Estado de bienestar, preferiría identificarlo con una radicalización de la democracia. El socialismo es un experimento de larga duración que no se emprende por un aparato de Estado centralizado y burocratizado, sino por toda una población capaz de discutir problemas sociales y políticos, así como de participar en la búsqueda de decisiones en todos los niveles, de modo que puede asumir responsabilidad plena en sus decisiones. Los detalles concretos de un sistema de este corte sólo pueden ser determinados por aquellos que lo introducen y lo practican. Pero es posible adelantar algo desde el principio: partiendo del hecho que una población está compuesta por varias comunidades, con diferentes sistemas de valores y referencias, un movimiento social creado por ella ofrecería una gama amplia de estilos de vida y con ello un modo pluralista de ser.

Contenido del “socialismo verdadero”

Aún cuando no se puede definir el contenido del “socialismo verdadero” pueden enumerarse algunos de sus presupuestos determinados. Marx observó que en el capitalismo la democracia se detiene en la puerta de la fábrica. Ahora podemos agregar también que se detiene en las puertas de las oficinas y de los grandes almacenes de consumo. La nacionalización no cambiaría en esta situación en lo más mínimo. La coestión (*Selbstverwaltung*) en la fábrica, en la oficina y en el almacén de consumo, es la primera y fundamental condición para una democracia radical, aún cuando se trate tan sólo de un presupuesto y no de una garantía. Es una vieja verdad que solamente aquellos que poseen una parte de la economía de un país están en la posibilidad y disposición de compartir la política global del mismo. Una réplica sería indicar que la coestión en la producción no pone fin a la producción de mercancías y del mercado, y finalmente que el egoísmo particular puede sustituirse por otro colectivo. Seguramente este podría ser el caso, pero no veo ninguna razón del porqué necesariamente tendría que darse así. Además, los conflictos de interés no son ajenos a la democracia y si se les elimina, esto equivaldría también a la eliminación de

la dinámica social. El modo como los conflictos encuentran solución depende de su especificidad y de sus actores. Si el egoísmo privado puede coexistir con una democracia liberal, entonces también el egoísmo colectivo debería poder restringirse así mismo en el marco institucionalizado de la democracia radical. También debe pensarse que sólo un sistema de la cogestión consigue reunificar los aspectos manuales e intelectuales del proceso de producción; que sólo un sistema de este tipo puede llevar a la práctica y conservar tecnologías alternativas que correspondan a los diferentes estilos de vida, y con esto preparar el fin del aburrimiento y la uniformidad del proceso del trabajo, cosa que es un castigo para la técnica moderna homóloga.

Estas reflexiones sobre el “verdadero socialismo” podrían dar la impresión de que me he desviado del tema a tratar; es decir, del “socialismo como objetivo final”, a la manera en que hasta hoy ha sido formulado en los programas de los partidos obreros; sin embargo, sólo se trata de una desviación aparente.

La radicalización de la democracia

Si el socialismo es la radicalización de la democracia, no se le puede considerar como un fin lejano, que se alcanza a través de determinadas medidas que lleva a cabo un partido en el poder, independientemente de que este partido gane unas elecciones con mayoría considerable, y de que mantenga todas las reglas de la democracia parlamentaria. La democracia radical no tiene la menor posibilidad, *per definitione*, sin el apoyo de la mayoría y sin el mantenimiento estricto de las reglas parlamentarias, pero esto no es una base suficiente para la misma: esto no garantiza el éxito. El carácter monolítico de los estilos de vida y la pasividad del electorado no deben tomarse como un hecho consumado. Los partidos obreros deben inspirar fantasía social, exhortar a la clase obrera y a las capas medias a discutir lo que significa para ellos el socialismo. El movimiento obrero debe fomentar la reflexión acerca del socialismo y estimular propuestas alternativas acerca de formas de vida y soluciones socioeconómicas; así como trabajar con la tendencia hacia una concepción en donde el desarrollo “natural” de las cosas no se considere tal, sino “no natural”. Este movimiento también debería liberar los actos del Estado de una fantasía inmovilista, que considera lo existente como sobreentendido y lo que aún no existe como imposible.

Con lo anterior no quiero decir que todo sea posible, sino solamente que no debemos excluir determinadas posibilidades, si sus presupuestos sociales se clarifican en discusiones racionales, antes que se lleven a cabo experimentos sociales para su realización. No fue Carlos Marx sino el escéptico Max Weber el que una vez dijo: “seguramente cada experiencia histórica confirma como verdad que el hombre no hubiera alcanzado lo posible, si él reiteradamente no se hubiera propuesto alcanzar lo imposible”.

Sin embargo, la creación misma de una esfera democrática pública no puede ser alcanzada mediante leyes u otras medidas. Su establecimiento significa sobre todo la apertura de canales para todos los movimientos.

experimentos e iniciativas sociales, originados en los últimos veinte años, que no habían podido desplegar su potencial debido a la presión burocrática y centralista. La apertura de canales no significa solamente "tolerancia" sino también su aliento y financiamiento. Incluso las medidas que enfocan hacia la pluralización de los estilos de vida no pueden ser exitosas sin alientos de gran alcance. La institucionalización de la cogestión en la industria nacionalizada, los préstamos a largo plazo —por el Estado a los trabajadores que quieran comprar una fábrica, para poner en funciones una empresa colectiva; la destrucción del carácter monolítico de los medios de comunicación masiva. Todas estas medidas necesarias sólo pueden lograr resultados satisfactorios cuando están apoyadas en los movimientos e iniciativas de un creciente número de ciudadanos activos. Cuanto más activa es la población, tanto menos centralistas deberían ser las decisiones. Esto no se refiere solamente a las decisiones, sino también a las instituciones.

No hay razón alguna para que las fábricas en cogestión no puedan construir sus propias escuelas, jardines infantiles y centros de protección para la salud, que correspondan a sus necesidades específicas; así como que no reciban una desgravación fiscal en caso de llevar a cabo lo anterior. El carácter paternalista del Estado de bienestar puede eliminarse paso a paso y esto puede suceder simultáneamente con la construcción de instituciones sustitutas a alto nivel e instituciones de diferentes comunidades de la población. Naturalmente, ni una descentralización ni una despaternalización pueden darse en una noche. Pero un desarrollo con este rumbo puede ser encauzado.

Lo anterior no es por sí sólo un paso fácil, tanto menos cuando en el futuro previsible se pueden superar dificultades serias. Tenemos que lidiar con una serie de carencias relativas (frente al marco del estandar del mundo Occidental), tanto por la limitación de los recursos naturales como también por razones ecológicas. Creo que ni el conservadurismo monetarista ni la tradicional política de bienestar pueden acabar con esta situación. O se promete todo para no cumplir nada, situación en la cual los electores dan la espalda al proyecto antes apoyado, o no se promete nada y desde el principio un proyecto de este tipo no consigue el apoyo del electorado. Sin embargo, este permanente recalentamiento de la misma política no es posible en el largo plazo. Aquellos hombres que buscan una alternativa van a ser movilizados de esta o de aquella manera. Qué tipo de movilización y qué tipo de alternativas van a darse en una situación tal, es justamente la cuestión de la que se trata.

Se requiera de un alto grado de ceguera social para no percatarse de la influencia creciente de distintos tipos antidiluvianos de fundamentalismo, neonazismo, terrorismo y erupciones espontáneamente colectivas de frustración y de cólera. Los partidos obreros tienen la obligación de romper esos círculos viciosos y de guiar los movimientos populares en una dirección racional y democrática.

Repito: no se trata de una tarea simple. Probablemente en el tiempo que llegamos a vivir el florecimiento económico hubiese sido más fácil; sin embargo, hemos perdido el tren. Ahora es mucho más difícil, ya que

los partidos obreros que están en el poder, tienen que vencer hábilmente, en la actualidad una presión mucho más fuerte que se manifiesta en los métodos chantajistas de las multinacionales y en las maniobras de los Estados gobernados según principios monetaristas y por el gran capital doméstico. Los Estados de bienestar tradicionales e incluso partidos con una base fundamentalista-populista, apenas resistirían a esta presión y con toda probabilidad perderían terreno. Pero los partidos obreros, en cambio, tendrían una verdadera oportunidad, si estuvieran preparados para inspirar ideas socialistas de apertura de canales para un verdadero pluralismo; para una democracia más allá de las puertas de las fábricas, oficinas y grandes almacenes de consumo; así como para hacer una contribución en la creación de una nueva esfera pública y con ello también de una ciudadanía auténtica. Esto sería un mundo que se crease así mismo. Estimamos que lo que nosotros mismos hemos creado no puede abandonarse tan fácilmente, aún cuando se tenga que luchar con dificultades. Los intereses y las obligaciones del movimiento obrero, tomados en el largo plazo, son idénticos, aún cuando este plazo no parezca ser demasiado largo.

Una política que se basa en principios no excluye reflexiones pragmáticas. La inspiración de ideas sociales respecto a alternativas tecnológicas, sociales y políticas y la apertura de canales para iniciativas y movimientos, no se pueden contar inmediatamente en la forma de triunfos electorales. Retrocesos, e incluso derrotas, deben tomarse en cuenta. Naturalmente, cuando las derrotas son demasiado fuertes y repetidas, algo tiene que ser falso en los fundamentos; sin embargo, algunas derrotas no demuestran su insuficiencia. Hay incluso derrotas que compensan diez victorias. La preferencia de un pragmatismo en asuntos internacionales, frente a una política resultado de principios, es una preferencia que está motivada por un egoísmo nacional miope, y por ello siempre es mala.

El coqueteo del canciller Helmut Schmidt con Giscard d'Estaing contra Mitterrand era igual de nocivo como el coqueteo de ciertos partidos obreros con algunos Estados despóticos del tercer mundo. Pero también en este caso las ventajas palpables de la política del poder conservan, de manera pasajera, un peso excesivo sobre la nobleza humana, cosa que no es un concepto pasado de moda y vacío, sino la recondición para un futuro político digno. Los partidos, al igual que los individuos, tienen que tener dignidad, y la dignidad, así como la credibilidad de un partido que aspira a una radicalización de la democracia, exigen el apoyo de la democracia, y de su radicalización en todo el mundo. También aquí se trata no solamente de una política digna sino también de una política inteligente. Los partidos que aspiran a una radicalización de la democracia, o tan siquiera del Estado de bienestar, van a estar expuestos repetidamente a los ataques de las multinacionales, del gran capital y de diferentes tipos de imperialismo. Para poder resistir necesitan un fuerte apoyo recíproco y no lo conseguirán en la hora de la penuria y del apuro, en caso de que su política exterior se base en puro pragmatismo.

Rechazo ofrecer una definición del "verdadero socialismo". Empero, quiero terminar mis reflexiones con una idea de Rosa Luxemburgo que coincide ampliamente con los pensamientos antes presentados: "EL SO-

“... EL SOCIALISMO ES PLURALISMO LIBRE EN TODOS LOS AMBITOS DE LA VIDA”. Nos llenaríamos de esperanza si los partidos obreros se declararon activamente por una definición de este tipo.

